



Una guía espiritual para comprender nuestra relación con Dios desde la perspectiva católica tradicional

Introducción: ¿Por qué hablar hoy de la “Analogía del Ser”?

En un mundo cada vez más marcado por la confusión antropológica, el relativismo moral y la pérdida del sentido trascendente, volver a las raíces del pensamiento cristiano no es solo una necesidad académica, sino una urgencia pastoral. La *analogia entis* —la analogía del ser— es una de esas joyas del pensamiento católico tradicional que, a pesar de su aparente complejidad, tiene una importancia crucial para nuestra vida espiritual diaria.

Este artículo quiere ser un puente —como la *analogia entis* misma— entre el pensamiento teológico y la vida ordinaria del cristiano. Abordaremos su historia, su profundo contenido teológico, su importancia en la comprensión de Dios y del hombre, y cómo puede ayudarnos a vivir una vida más consciente de la presencia de Dios en todo.

I. ¿Qué es la *Analogía Entis*?

La expresión *analogia entis*, que en latín significa “analogía del ser”, se refiere a la afirmación de que existe una relación proporcional y participativa entre el ser de Dios y el ser de las criaturas. No una igualdad ni una diferencia absoluta, sino una semejanza en la diferencia.

En otras palabras, cuando decimos que Dios “es” y que una criatura también “es”, estamos usando la misma palabra —“ser”—, pero no con el mismo significado unívoco (idéntico), ni de forma equívoca (completamente distinta). Es un uso analógico: hay una verdadera relación, pero también una distancia infinita.

Como dice el Catecismo de la Iglesia Católica:

“Entre el Creador y la criatura no se puede señalar una semejanza sin que se imponga una disimilitud aún mayor” (CIC, 43).



Esta afirmación, lejos de alejarnos de Dios, nos ayuda a comprender que toda la creación tiene una huella divina, pero que Dios no es la creación. Nos invita a mirar al mundo como un reflejo —velado y fragmentado, pero verdadero— de la gloria de su Creador.

II. Raíces bíblicas: La imagen y semejanza

La *analogia entis* no es un invento filosófico sin raíces en la Escritura. En el Génesis encontramos el principio fundacional:

“Creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y mujer los creó” (Génesis 1,27).

Ser “imagen y semejanza” de Dios es, en el fondo, una afirmación analógica: somos como Dios, pero no somos Dios. Reflejamos su ser, su bondad, su capacidad de amar, su libertad, pero de forma limitada y creada.

La sabiduría bíblica está llena de imágenes que afirman esta analogía: Dios es pastor, rey, padre, esposo. Estas metáforas nos dicen algo verdadero de Dios, pero siempre desde nuestra experiencia humana. Son analogías que nos elevan hacia el Misterio.

III. La historia de la analogía: de Aristóteles a Santo Tomás

Aunque la noción de analogía tiene raíces filosóficas en Aristóteles, es en la teología cristiana donde alcanza su pleno desarrollo.

1. San Agustín y la búsqueda del reflejo divino

San Agustín veía en el alma humana un espejo de la Trinidad. Para él, la memoria, el entendimiento y la voluntad eran huellas del Dios trinitario. Esta perspectiva ya insinúa una *analogia entis*, aunque de forma implícita.



2. Santo Tomás de Aquino: la cumbre del pensamiento analógico

Es Santo Tomás de Aquino quien, en el siglo XIII, ofrece el desarrollo más completo de la analogía del ser. Para él, todo lo que existe participa del Ser, que es Dios. Las criaturas son “entes”, es decir, poseen el ser por participación, mientras que Dios es el *ipsum esse subsistens*, el Ser mismo subsistente.

Santo Tomás afirma que hablamos de Dios a partir de las criaturas “según un modo analógico”, porque Dios es la causa ejemplar y eficiente de todas las cosas. Así, si decimos que Dios es bueno, sabio o justo, lo decimos de modo analógico a nuestra experiencia de la bondad, sabiduría o justicia humanas, pero elevadas y purificadas.

IV. Relevancia teológica: ¿Por qué importa la analogía del ser?

La *analogia entis* no es un tema esotérico reservado a teólogos. Es la base de una visión católica del mundo, una verdadera “gramática del ser” que permite:

1. Evitar dos errores extremos

- **El panteísmo**, que identifica a Dios con la creación.
- **El nominalismo o voluntarismo radical**, que ve a Dios como absolutamente otro y arbitrario, sin conexión con la razón humana.

Ambos errores destruyen la posibilidad de hablar de Dios de forma razonable y de encontrarlo en la creación.

2. Fundamentar la sacramentalidad

Si el ser creado tiene una verdadera participación en el Ser divino, entonces puede ser signo, sacramento, mediación. El agua, el pan, el vino, el aceite... no son solo símbolos vacíos, sino portadores de la gracia.

3. Defender la dignidad humana

Si el ser humano participa del ser divino, entonces posee una dignidad inviolable, incluso en su estado de miseria o pecado. Esta base ontológica sostiene la ética cristiana y el respeto por toda vida humana.



V. Aplicaciones prácticas: Vivir la analogía del ser hoy

¿Cómo puede este concepto inspirar y guiar nuestra vida diaria? Aquí algunas aplicaciones concretas y profundas:

1. Ver a Dios en la creación

Cada flor, cada persona, cada momento de belleza o verdad es un reflejo del Creador. La *analogía entis* nos invita a cultivar una mirada contemplativa, una espiritualidad del asombro. Como decía San Buenaventura, el universo es “una escalera para subir a Dios”.

“Los cielos proclaman la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos” (Salmo 19,1).

2. Educar en lo trascendente

En la catequesis, la predicación y la vida familiar, debemos enseñar que todo lo bueno, verdadero y bello remite a Dios. El lenguaje analógico permite hablar de Dios sin reducirlo a nuestras categorías, pero sin volverlo inaccesible.

3. Cultivar una oración más profunda

La analogía nos invita a reconocer que nuestras palabras humanas no captan plenamente a Dios, pero tampoco son inútiles. Podemos llamar a Dios Padre, Salvador, Esposo, Pastor... sabiendo que Él supera todas nuestras imágenes, pero que las acoge para revelarse.

4. Combinar razón y fe

En tiempos de escepticismo o fideísmo, la *analogía entis* nos permite integrar la razón con la fe. Podemos hablar de Dios de forma racional sin reducirlo a una criatura. Este equilibrio es esencial para el diálogo con el mundo moderno.



VI. Un puente para el corazón y la mente

En definitiva, la *analogia entis* es mucho más que un concepto técnico. Es un puente: une lo finito con lo infinito, lo visible con lo invisible, la razón con la fe, la filosofía con la mística.

En un mundo que tiende a separar o a confundir todo, la visión católica tradicional de la analogía del ser ofrece una respuesta equilibrada, bella y profundamente humana. Nos enseña que podemos conocer a Dios —aunque siempre en el misterio— y que toda la creación es una invitación a la alabanza.

Conclusión: Recuperar la mirada analógica

Si queremos volver a evangelizar una cultura que ha perdido el sentido de lo sagrado, necesitamos recuperar la mirada analógica. No se trata de imponer conceptos abstractos, sino de ayudar a las personas a redescubrir que lo cotidiano habla de Dios: una madre que abraza, un pan compartido, una puesta de sol, una lágrima redentora.

Cada cosa creada dice algo de Dios. Pero también guarda silencio, para que lo busquemos más allá de todo.

“Pues en él vivimos, nos movemos y existimos” (Hechos 17,28).

Que esta verdad ilumine nuestra vida espiritual. Que sepamos ver a Dios en todas las cosas, sin confundirlo con ellas, y que cada paso que demos en el mundo sea, también nosotros, una analogía viviente del Ser que nos da la vida.